

CAMINO Y FUNDAMENTO: DOS METÁFORAS DEL *DISCURSO DEL MÉTODO*

Neus Galf

Si devolviéramos a las palabras *Discurso del Método* su significado originario, podríamos retitular la obra de Descartes algo así como el Recorrido del Camino. Discurso del latín *discurrere*: “correr de un lado a otro”, “recorrer”, y método, del griego *metá hodós*, “camino”. Esta restitución del significado primero de las palabras representaría la inversión del procedimiento mediante el cual se generan las nociones abstractas. Como dice Hegel en la *Estética*:¹ “Los conceptos filosóficos son primeramente significaciones sensibles trasladadas (*übertragen*) al orden de lo espiritual”. Trasladar se dice en griego *metaphérei*, de donde “metáfora”. El pensamiento filosófico traslada, *metaphérei*, lo sensible al orden de lo inteligible, lo visible al orden de lo invisible. Pero si la filosofía puede trasladar lo sensible a lo no-sensible es porque primero ha efectuado la separación meta-física entre sensible/no-sensible. Naturaleza/espíritu, cuerpo/alma, *res extensa/res cogitans*, son pares de denominaciones de esta separación sensible/no-sensible que lleva a cabo la metafísica. Según Heidegger: “La representación del “transferir” y de la metáfora reposa en la diferenciación, si no incluso en la separación, entre lo sensible y lo no-sensible, entendidos como dos regiones autónomas. La instauración de esta divisoria entre lo sensible y lo no-sensible, lo físico y lo no-físico, es un rasgo fundamental de lo que se llama metafísica, y que determina, dándole la pauta, al pensamiento occidental”.² Esta separación y subsiguiente traslado o metáfora es el gesto originario de la metafísica, aquello que la constituye como tal. Para Heidegger sólo desde la metafísica se metaforiza: “Sólo en el interior de la metafísica se da lo metafórico” (*ibid.*). Toda metáfora se inscribe, por tanto, en esa transferencia desde lo sensible hacia lo inteligible que la metafísica instaura. Con ello no quiere decirse que toda metáfora se realice en ese tránsito, sino que la misma división entre sentido propio y sentido figurado, esencial a la definición tradicional de metáfora, es una división metafísica. En la meta-física y en la metá-fora lo esencial es un llevar *metá* “más allá”, “hacia”.

Fundamento y camino son las metáforas básicas sobre las que se estructura el *Discurso del Método*. Descartes utiliza ambos términos en los dos sentidos, sensible y no-sensible, y por ello es más fácil percibir esa traslación de lo material a lo inmaterial que configura a las metáforas filosóficas.

Desde el comienzo de su *Discurso* afirma Descartes la universalidad de la razón y la necesidad de un método. La razón es, para Descartes, aquello que nos constituye como especie humana: “En lo que toca a la razón o al sentido, siendo, como es la única cosa que nos hace hombres y nos distingue de los animales, quiero creer que está entera en cada uno de nosotros” (AT. VI 2).³ Dado que la razón es connatural al ser humano “la diversidad de nuestras opiniones, dice Descartes, no procede de que unos [hombres] sean más racionales que otros, sino tan sólo de que conducimos nuestros pensamientos por caminos diversos y no consideramos las mismas cosas.

¹ I II, cap. III B 3a (citado por Paul Ricoeur, *La metáfora viva*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1980, pág. 388).

² *La proposición del Fundamento*, Ediciones del Serbal, Barcelona 1991, p. 89.

³ AT. remite a *Oeuvres de Descartes*, edición de Charles Adam y Paul Tannery, Paris 1897-1913. La cifra romana indica el volumen y la arábica el número de página. Las citas, salvo cuando se especifique lo contrario, son del *Discurso del Método*.

No basta tener un buen entendimiento: lo principal es aplicarlo bien. Las almas más grandes son capaces de los mayores vicios, como de las mayores virtudes; y los que caminan lentamente pueden llegar mucho más lejos, si van siempre por el camino recto (*le droit chemin*), que los que corren, pero se apartan de él” (AT. VI 2). Así pues, los errores, los extravíos, no han de atribuirse a un defecto de la razón, ya que “lo que llamamos buen sentido o razón (*le bon sens ou la raison*) es por naturaleza igual en todos los hombres” (AT. VI 2), sino a la diversidad de caminos por los que el hombre conduce sus pensamientos. El *bon sens* basta “para descubrir las verdades, aun las más difíciles... con tal que sea bien dirigido”, afirma Descartes en *La recherche de la vérité*.⁴ Hay, pues, un camino por el que la razón, “la única cosa que nos hace hombres”, debe transitar si quiere avanzar. Aplicar bien el entendimiento es conducirlo por este camino recto. La rectitud del camino la proporciona el método: “desde joven tuve la suerte de encontrarme en ciertos caminos que me condujeron a consideraciones y máximas con las que he formado un método que me ha proporcionado el medio de aumentar gradualmente mi conocimiento y elevarlo poco a poco hasta el punto más alto al que la mediocridad de mi espíritu y la brevedad de mi vida le permitan llegar” (AT. VI 3). El método es, pues, el camino que hay que seguir para conducir bien la razón, “pour bien conduire sa raison” (AT. VI 4). “El método enseña a seguir el verdadero orden” (AT. VI 21); “el método es necesario para la investigación de la verdad” (*Regulae*, AT. X 371). Al ámbito metafórico del camino pertenecen, de una parte, las nociones de avance, lentitud, ascensión, de otra, extravío, precipitación, desviación. Cuando habla de la clase de hombres a los que no recomienda que pongan en duda sus creencias, Descartes vuelve a recurrir a la representación metafórica del camino: “A saber, los que creyéndose más hábiles de lo que son, no pueden contener la precipitación de sus juicios ni tener bastante paciencia para conducir ordenadamente todos sus pensamientos; por donde sucede que, si una vez se han tomado la libertad de dudar de los principios que han recibido y de apartarse del camino común, nunca podrían mantenerse en el sendero que hay que seguir para ir más derecho y permanecerían extraviados toda su vida” (AT VI 15). Por el contrario, Descartes toma precauciones para que su razón progrese con seguridad: “Como un hombre que camina solo y en la oscuridad, resolví ir tan despacio y usar tal circunspección en todas las cosas que, aunque avanzase muy poco, al menos me guardaría de caer” (AT. VI 16-7). Aun en el caso de haber de transitar por caminos inseguros, esto es, no sometidos todavía al examen de la razón, Descartes afirma la necesidad de rectitud: “Mi segunda máxima fue la de ser lo más firme y resuelto que pudiese en mis acciones y seguir con tanta constancia en las opiniones más dudosas, una vez resuelto a ello, como si fueran muy seguras. Imitaba en esto a los viajeros que, extraviados en algún bosque, no deben vagar dando vueltas por una y otra parte, sino caminar siempre lo más derecho que puedan, hacia un sitio fijo, sin cambiar de dirección por leves razones, aun cuando, en un principio, haya sido sólo el azar el que haya determinado ese rumbo, pues de este modo, si no llegan precisamente a donde quieren ir, por lo menos acabarán por llegar a alguna parte en que probablemente estarán mejor que en medio del bosque” (AT VI 24-5).

Camino es, pues, el lugar metafórico por el que la razón avanza, del que puede desviarse, en el que puede correr, precipitarse y caer. En todos los símiles del camino es perceptible la analogía entre el caminar sensible del cuerpo y el caminar no-sensible de la razón, entre el caminar físico y el caminar meta-físico. La estructura conceptual de la analogía se sustenta en el juego entre identidad y diferencia. La diferencia se constituye en la separación mundo sen-

⁴ Pág. 1128 de la edición de Alquié (Descartes *Oeuvres philosophiques*, vol. II, Classiques Garnier, París 1967). A partir de esta afirmación, la metáfora arquitectónica se extiende a lo largo de 25 páginas.

sible-mundo no sensible, la identidad consiente la traslación, la metáfora, de lo sensible a lo no sensible.

Descartes, que en su viaje por el mundo y por los libros no ha encontrado nada realmente sólido sobre lo que afianzarse, decide operar una *epoché*, dejar en suspenso todas las opiniones recibidas para rechazarlas o readmitirlas una vez las haya sometido a la razón. Descartes plantea esta labor en términos arquitectónicos, como una tarea de derribo y de reconstrucción intelectual. Derribo de conocimientos y creencias adquiridos acriticamente y reconstrucción desde abajo, desde los cimientos, del edificio de la razón.⁵ Los pasos que emprende para llevar a cabo su objetivo son idénticos a los que emprendería un arquitecto. De hecho, es él mismo quien dice: "He declarado, en diversos pasajes de mis escritos, que siempre intenté imitar a los arquitectos".⁶ Ante el mal estado de un edificio se impone la demolición: "Muchos particulares hacen derribar sus casas para reedificarlas, y a veces incluso se ven obligados a hacerlo, cuando hay peligro de que caigan y sus fundamentos no son muy firmes" (AT. VI 13). El terreno sobre el que construir ha de ser firme: "Mis deseos tendían únicamente a afianzarme en la verdad apartando la tierra movediza y la arena para hallar la roca o la arcilla" (AT. VI 29). Los fundamentos endebles deben ser sustituidos: "Y creí firmemente que por este medio lograría dirigir mi vida mucho mejor que si edificara sobre fundamentos viejos y me apoyara únicamente en los principios que me dejé inculcar en mi juventud, sin haber examinado nunca si eran o no ciertos" (AT. VI 14). Los materiales aprovechables pueden reutilizarse: "Y así como al derribar una casa vieja se guardan generalmente sus escombros para aprovecharlos en la construcción de otra nueva, así también al destruir todas las opiniones propias que juzgaba infundadas, hacía yo diferentes observaciones y adquiría muchas experiencias que me han servido después para establecer otras más ciertas" (AT. VI 29). Hay que habitar en algún lugar mientras la antigua morada es derruida: "Y, en fin, como para empezar a reconstruir la casa en que se vive no basta haberla derribado y haber hecho acopio de materiales y arquitectos, o haberse ejercitado uno mismo en la arquitectura y haber trazado cuidadosamente el plano, sino que también hay que proveerse de alguna otra casa en donde pasar cómodamente el tiempo que dura el trabajo" (AT. VI 22).

Decía al principio de esta exposición que la transferencia metafórica, metafísica, se realiza de lo sensible a lo no-sensible. Por tanto, el término metafórico siempre será el no-sensible. Así, el método como vía por la que la razón, desde la razón, avanza hacia la verdad, es una metáfora del camino, de la vía que conduce de un lugar a otro. El camino, en sentido material, sensible, sería entonces la metáfora de una metáfora. Descartes rescata los términos sensibles, camino material y fundamento arquitectónico, iluminando así las metáforas apagadas de la filosofía: el método y el fundamento de la razón y de las ciencias. De este modo, con este contraste, resucita el sentido metafórico constitutivo del ámbito de lo abstracto. La metáfora deja, en cierta medida, de ser "muerta" al entrar en contacto con el significado originario del término transferido. Otra cuestión sería tratar de averiguar por qué la filosofía elige las metáforas que elige. En la constitución misma del lenguaje filosófico hay una selección meta-

⁵ En las *Meditaciones Metafísicas* (AT. XI 13) Descartes escribe: "Hace ya algún tiempo que me he dado cuenta de que, desde mis primeros años, había adoptado como verdaderas muchas opiniones falsas, y que lo que había fundado sobre principios tan inseguros sólo podía ser dudoso e incierto; de manera que debía emprender seriamente, por una vez en mi vida, la tarea de desprenderme de todas las opiniones en las que hasta entonces creía y comenzar todo de nuevo desde los fundamentos si quería establecer algo firme y constante en las ciencias".

⁶ *Séptimas objeciones y respuestas*, pág. 1044 de la edición de Alquié, *op. cit.*

fórica. Por qué "fundamento", "camino", "luz". Por qué la razón avanza y no baila, por qué construye y no canta. Pero la razón avanza ordenadamente y recorre su camino, su método, escribiendo con líneas rectas su gran libro del mundo.